

hizo que se adunasen todos los elementos para que à su paso por las ciudades y aldeas que tuvo que recorrer al trasladarse de Cádiz á Granada, le proporcionasen una ovacion sincera y entusiasta, en la que á los aplausos se mezclaban las lágrimas.

Pero ántes de seguirle á la corte, veamos lo que habia pasado en Cádiz desde su desembarco, cuando llegaron á su lado Inés y su hija con Isabel Monteagudo.

CAPITULO V.

Donde se ve cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuenta de otros sucesos interesantes.



A misma tarde en que llegaron las carabelas á la bahía de Cádiz, se trasladó á bordo de una de ellas un jóven que, segun anunció, deseaba hablar á solas con Villejo.

El capitan le recibió en su camarote.

—Vengo, le dijo, á haceros una súplica.

—Hablad.

—Debo muchos favores al almirante; he oido decir que se halla á bordo de uno de estos buques, y por añadidura encadenado, ¿es cierto?

—Desgraciadamente lo es.

—No me compete preguntaros la causa; pero es tanto el afecto que le profeso, que si no lo llevais á mal, os agradecería que le dieseis por prision mi casa miétras esté en Cádiz.

—Siendo tanto el afecto que sentís hácia él, yo me complaceria en acceder á vuestros deseos; pero las órdenes que he recibido son entregar el almirante y sus hermanos al corregidor de la ciudad, y tengo que cumplirlas.

—En ese caso perdonad la libertad que me he tomado dirigiéndome á vos. Voy á ver al corregidor, é insisto en suplicaros que apoyeis mi pretension.

El jóven volvió á tierra, habló á la autoridad, y obtuvo lo

que deseaba, aunque con la condicion de admitir en su casa centinelas que vigilasen á los prisioneros.

Con la licencia aguardó el nuevo dia, y muy temprano volvió á las carabelas, precisamente en el momento en que se verificaba el desembarque de los prisioneros.

Villejo habia insistido de nuevo cerca de Colon para que le permitiera quitarle las cadenas.

No pudo conseguirlo.

Pero se alegró en extremo de que le dieran por prision la casa de aquel jóven, que parecia ser uno de sus más leales servidores.

En un bote, acompañado de Villejo y del jóven desconocido, en quien hasta entónces no habia fijado Colon sus miradas, porque estaba completamente ensimismado, fué conducido á la playa, y desde allí llevado á la morada del que tanto interes manifestaba en hospedarle.

—¿A dónde me llevais? dijo Colon á Villejo cuando desembarcó.

—A casa de un amigo.

—¡Tengo tan pocos en el mundo!

—Y sin embargo, yo lo soy vuestro, dijo el desconocido.

Al oír su voz, levantó el almirante los ojos, y conociéndole:

—¿Vos aquí, Hernando de Guevara? exclamó, ¡Cosa extraña! Muy poco he hecho por vos. Antes al contrario, escuchando las sugerencias de mis mayores enemigos, he mostrado con vos alguna severidad, y sin embargo, venís á recibirme, me hospedais en vuestra casa y me llamis amigo.

—Soy muy feliz, y os debo la felicidad. Os he visto de cerca, sin que la pasion cegase mis ojos, y os he admirado siempre. Hoy es inmensa mi pena al hallaros en este estado; pero no dudeis que los reyes os harán justicia, y miéntas tanto quiero mostraros mi admiracion y mi gratitud.

Entraron en la casa, en donde ya aguardaban al prisionero algunos soldados para custodiarle, y el almirante preguntó por sus hermanos.

—Aquí vendrán tambien, contestó Hernando.

En efecto, Villejo se retiró para ir á buscarlos.

El almirante se halló en un aposento modestamente amueblado; pero con todas las comodidades necesarias para la vida.

Apénas tomó asiento, se presentó á sus ojos una jóven enlutada.

—Ved á mi esposa, dijo Hernando de Guevara, que como yo, desea aliviar vuestra desventura.

—¡Higuanamota! exclamó el almirante.

—Sí, dijo Hernando.

Era difícil reconocerla, porque su traje europeo la habia variado por completo.

Guevara refirió á Colon los pormenores de su viaje y la proteccion que le habian dispensado los reyes, dándole un alto empleo en la ciudad.

Higuanamota sabia ya la muerte de su padre.

Pero no culpaba á Colon.

Al contrario, era tan feliz con su esposo, que aunque la invasion de los españoles en su patria habia ocasionado todas las desventuras de su familia, bendecia al cielo porque en aquellas mismas desventuras habia hallado la ocasion de ser la más dichosa de las mujeres.

Solo una pena abrigaba su corazon: la de haberse separado de su madre, la del dolor que experimentaria Anacaona al no volver á estrechar en sus brazos á Caonabo.

No tardó en llegar Villejo con Diego y Bartolomé.

Los tres hermanos no se habian visto desde que fueron cargados de cadenas.

Bartolomé no se habia debilitado bajo el peso de aquella ignominia.

Diego, en extremo pusilánime, no era ya ni su sombra.

Los tres hermanos se confundieron en un cariñoso abrazo.

Las lágrimas que brotaron de sus ojos desahogaron su oprimido corazón.

—Demos gracias á Dios, dijo el almirante, porque nos ha favorecido en el viaje; sabe que llegamos al templo de la justicia, y ha apresurado nuestra llegada. Yo, por mi parte, estoy persuadido de ello y vosotros debeis estarlo tambien. Antes que las comunicaciones de nuestros adversarios llegarán á manos de la reina un mensaje mio, sabrá cuál es nuestra situación, nos hará justicia y triunfaremos de nuestros enemigos.

El corregidor se presentó á sus prisioneros, tratándoles con las mayores consideraciones.

Villejo cumplió su mision, y una vez terminada fué á ver al almirante.

—Se me ha quitado un enorme peso de encima, le dijo; ya puedo libremente estrechar vuestra mano, demostraros mi afecto, mi admiracion.

—Nunca olvidaré, dijo el almirante, las consideraciones que me habeis guardado. Al elegiros mis enemigos para custodiarme, han obedecido á la Providencia. Teneis un noble corazón, y siento no ser nada en el mundo, haber perdido todo el prestigio que tenia. De otro modo, os daria pruebas de mi gratitud, de mi aprecio.

—Permitidme estar á vuestras órdenes, serviros, no apartarme de vos miéntras os persiga la desgracia, y quedaré satisfecho.

No solo recibió el almirante aquellas pruebas de afecto y de interes.

Las familias más nobles de Cádiz fueron á casa de Hernando de Guevara á ofrecer sus respetos al ilustre marino, que, recibiendo á todos los que le visitaban, manifestando la ma-

yor mansedumbre y resignacion, al mismo tiempo que una enérgica dignidad, diciendo á todos que consideraba las cadenas como su mejor timbre de gloria, logró imponer veneracion, despertar afecto en cuantos le veian, los cuales al apartarse de su lado contaban sus impresiones é iban formando la reaccion que se operó en España en favor del prisionero.

El corregidor dispuso que se retiraran los guardias, y todos los dias iba á ver á Colon para anunciarle que esperaba con impaciencia la orden de ponerle en libertad.

Al cuarto dia de su llegada tuvo el placer de estrechar en sus brazos á Inés y á la hermosa niña que le acompañaba.

Por ellas y por Isabel Monteagudo supo el interes que habia inspirado á doña Juana de la Torre; y no dudó que los reyes procurarian borrar el triste efecto que la impremeditacion ó el odio de uno de sus agentes habia causado.

Colon, que tan agradecido estaba á Villejo, le presentó á Inés y á su hija, para que aquellas mujeres, que constituian su familia, le agradecieran al mismo tiempo que él los grandes beneficios que le habia prestado.

Villejo alcanzó el mayor premio que podia esperar en la tierna mirada de afecto y gratitud con que pagó Isabel, la hermosa niña, los beneficios que habia dispensado al padre de su hermano adoptivo.

Aquella mirada inundó el alma de Villejo, y aunque ocultó su secreto, sintió un inmenso amor hácia la jóven, amor que halló eco en el corazón de la niña.

La noticia de la llegada de Colon se habia divulgado, y al ver el efecto que producía, los agentes de Fonseca se vieron obligados á ocultar sus opiniones cuando otros exponian las suyas, porque eran muy vehementes las acusaciones que se fulminaban contra Bobadilla.

Esto es lo que sucede siempre.

Mientras un hombre goza del favor de un rey, el odio y la envidia le persiguen.

— Cuando cae en desgracia, cuando se ve abandonado por aquellos á quienes ha sacrificado su popularidad, la opinion pública se coloca á su lado, le ensalza, deprime á sus enemigos, y es capaz de sacrificarse por el que hubiera sacrificado poco tiempo ántes hasta con júbilo.

Todas las noticias que llegaban á oídos de Fonseca le disgustaban; pero se dijo:

— Es necesario saber esperar.

Y esperó.

Los reyes, como he dicho, escribieron al almirante rogándole que se presentase cuanto ántes en la corte.

Villejo le quitó las cadenas.

— Ahora accedo á vuestros deseos, le dijo el almirante, porque son los reyes quien lo mandan.

— Dadme, dadme, dijo Villejo, esos ignominiosos hierros para quitarlos de vuestra vista.

— No, no los separeis de mí. Quiero que sean mis compañeros, quiero tenerlos siempre á la vista: constituyen mi gloria. Los tendré siempre al lado de mi escudo de nobleza, y cuando yo muera serán enterrados conmigo.

Libres ya los tres hermanos en vista de las órdenes de los reyes, se trasladaron á Granada.

Isabel Monteagudo entró al servicio de Inés.

Villejo no quiso separarse de Colon.

Ademas del afecto que le profesaba, habia otro poderoso motivo para que fuese en su compañía.

Este motivo lo sabia Isabel y lo adivinaba su madre.

Quiso Colon que los mismos que le habian visto en el apogeo le vieran todavía con la sombra de la desgracia.

Pasó por Sevilla y se detuvo en Córdoba, en donde visitó á su antiguo amigo fray Pedro Antunez.

Su hermano Diego aprovechó aquella circunstancia para confiarle una resolucion que habia tomado.

— En el momento en que fuimos presos, dijo á Cristóbal, hice voto de consagrar mi vida á la Religion si te hacian justicia, si te libraban de las ignominiosas cadenas con que habian aprisionado tu gloria. Dios me ha oido, y necesito cumplir mi voto. Concédeme licencia para quedarme aquí y professar en el convento, viviendo bajo la tutela de uno de los santos varones de quienes más pruebas de afecto has merecido.

— Te comprendo, y te otorgo por mi parte la licencia que quieres. Cansado de las luchas del mundo, buscas el reposo en los amantes brazos de la Religion. ¡Dichoso tú! ¡Vive tranquilo, y encomiéndame á Dios en tus oraciones! Tú morirás en medio del reposo y de las plegarias de tus hermanos; yo no sé cuál será mi fin, pero deseo volver á ese país donde á un tiempo he descubierto la gloria de una nacion y el infortunio mio. Si vuelvo, tal vez recogerán las olas mis últimos suspiros, y me abrirán la sepultura en el fondo del mar.

Diego se quedó en el convento, y los demas que formaban la comitiva se encaminaron á Granada.

Allí les aguardaba un recibimiento más entusiasta, si cabe, que el que habia alcanzado Colon al regresar por primera vez del Nuevo Mundo y entrar en Barcelona.